turalidad del relato, como así mismo el rasgo característico que se refiere sobre la vida del P. Albertino de Verona: «Quería llevar un poco de comida, por amor de Dios, a un condenado a la pena de morir de hambre. Pero como los guardianes del reo se negaron a dejarle entrar, el P. Albertino les hizo la siguiente proposición: Jugaré con vosotros a los dados, y si perdéis, me permitiréis la entrada en su calabozo, y que le lleve viandas. Ganó la partida y tuvo la satisfacción de poder llevar al desdichado algún alimento. Ese mismo amor al pueblo inspiró a otros Hermanos Menores, en la segunda mitad del siglo XV, el pensamiento de erigir los llamados «Montes de Piedad» especie de casa de préstamos y bancos de crédito destinados a librar de sus apuros a las familias amenazadas por los prestamistas.

Amor de hermano era el impulso en la vida de San Francisco. ¿Puede causar sorpresa que su genio haya producido innumerables asociaciones de ambos sexos que

recorran sus propios caminos y sendas apoyados en sus reglas? Hoy encierra Alemania, en su territorio, cerca de dieciseis mil mujeres franciscanas.

«La paz sea contigo» decía el beato Francisco al encontrarse con un hermano. «Paz haya esta casa» dicen aún hoy sus sucesores cuando atraviesan los portales de las casas habitadas por sus hermanos.

¡Llevan la paz, la paz de Asís!

Absorto en Dios.

Alma pura, bella alma de los hermanos, ¿dónde, soñadores, se abisman tus pensativos ojos? Dinos, siquiera una vez, qué se encierra en tu interior. Callas . . . En las profundidades del mar se encuentra la inmensa y lejana tranquilidad. ¿Es posible indicar qué es lo que invade al hombre lleno de Dios, lo que llenaba a San Francisco pletórico de júbilo y de tranquilidad contemplativa? La Naturaleza y la Vida le atraían, porque veía los rayos divinos que tejían el velo del mundo, como hebras de oro y plata. Y junto a esa vida del alma, adherida a la Naturaleza, poseía además otra vida interna más elevada: un pensamiento, un amor íntimamente dirigido a Dios, liberado del mundo, y llamado en teología *plenitud espiri-*

tual. Aún lo recuerdan, aún lo refieren los montes y bosques de su país. Han visto al hombre de Dios ébrio de amor cuando, consumido por su pasión propia amorosa, caminaba hacia el Salvador, clamando en suspiros: «¡No se ama al Amor, no se ama al Amor!» Así se lamentaba, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No hablemos aquí de leyendas; en realidad, puede sólo ser legendario este hecho, pero el genio que anima la santa fama es el soplo de la hermosa alma de Francisco. Ese soplo vuela aún hoy sobre el nido frío de los países de Umbría y se une al silencioso canto de los olivos: «¡No se ama al Amor!»

¡Cuán elevada habrá surgido ante él la imagen de Dios, contemplada con los interiores ojos de su alma! ¡Cuán fuerte la gracia divina que le arrastró en su corriente!

Todos los afectos naturales de los santos fueron tocados por la fuerza de la gracia divina. Y es un maravilloso intercambio de anhelo con paciencia, alegría, temores y

esperanzas, que guía su vida interna tanto mediante elevadas relaciones como reduciéndola a la tranquilidad. El melancólico y lloroso amor de Francisco se trocó frecuentemente en un amor alegre incomprensible para el hombre agotado por la vida, y que al mismo tiempo era tan infantil que el privilegiado espíritu del hombre de Dios y su vida, eran un diálogo sublime y constante entre el Padre y el Hijo. Un día, arrebatado por su amor a Dios, cogió dos trocitos de madera, los sobrepuso en forma de violín y arco, y cantó acompañando su voz con los movimientos imitativos del músico. Olvidando los mil ojos que la Naturaleza tenía fijos en él recorrió alegre su camino: *Un ángel produciendo música.* En tal apostura, el cielo se aproximó a la tierra y produjo la poesía del más allá, como un fulgor del sol en las elevadas cumbres de los montes. Es perfectamente comprensible que grandes artistas hayan reproducido en piedra y color tales momentos del alma de San Francisco, porque

no siempre pueden hallarse modelos sobrehumanos al mismo tiempo que tan naturales y bellos. Y más comprensible aún, que Francisco, con su extraordinario amor a Dios y sus oraciones esencialmente fluyentes sostenidas por enérgicas ideas, infíltrase a la Orden un espíritu especial de piedad tan fuerte que implicaba la seguridad para todos los tiempos venideros. San Benito influenció a sus hijos una aguda comprensión por la simetría de las formas culturales, y de siglo en siglo aceptaban las abadías una empresa visiblemente litúrgica de edificios destinados a la adoración de Dios. En esa forma misma mana de la Orden franciscana un río caudaloso de amor a Dios, que nace al pie del Monte Subasio y deslizándose por alturas y declives riega la sociedad franciscana haciéndola fértil. En sus playas crece la flor aromática de la liturgia del pueblo y el delicado capullo de poesías eclesiástico-litúrgicas que exhalan aromas impregnados del espíritu de San Francisco.

Podríamos preguntarnos qué manera de adorar a Dios es preferible: la de Benito o la de Francisco, pero la pregunta sería excesivamente concisa. También Santo Domingo, San Ignacio y muchos otros fundadores de órdenes han impreso a sus fundaciones cierto carácter de piedad. Todos sostienen la teoría fundamental de complementarse los unos a los otros y de imprimir a la rica vida interior de la Iglesia cierto colorido de variedad en una liturgia llena de vida poliédrica, pero de base única. ¿Qué dirección litúrgica impuso el amor del Salvador y la absorción de Dios en Francisco a la Orden franciscana? Dicho de una manera general, una dirección profunda y vasta. Las ideas que dominaban al santo varón se dirigieron primeramente, con interno impulso, hacia el tabernáculo, y más tarde hacia el coro de la Iglesia, en el amplio campo del mundo. En todas partes veía símbolos: el sol, la luna, las estrellas, la tierra, el agua, el fuego, las plantas, los animales, todo ello

adornó la corona de las ceremonias eclesiásticas. Vivía en la liturgia de la Creación. Imaginaba el mundo como una catedral de la cual la iglesia de piedra era el santuario que todo lo atesoraba. Esa concepción simbólica del mundo permaneció latente, por espacio de mucho tiempo, en la Orden. En ella se reunió el amor a Dios de muchos «Frater Minore» que aislados del mundo pasaban sus días en claustros solitarios o que muy conocidos como predicadores recitaban los evangelios en ciudades y pueblos. En sus almas vivía el conocimiento divino de la profundidad del mundo como una adivinación, como una mirada, como una deleitable sensación. Se consagraban a Dios en sencillas relaciones religiosas, y en eso consistía la fina liturgia profundamente espiritual alimentada por la viva naturaleza que arrastra la vida de un monje franciscano como un río caudaloso. En otra dirección más intensa fué impulsada la Orden, debida al ardiente amor del Santo por el Salvador y de su manera optimista

de considerar el mundo. Sobre todo, le interesaba el estudio de la Casa de Dios; deseaba el santo sacrificio con sus ritos llenos de espíritu divino; se deleitaba viendo desfilar ante sus ojos el conjunto de imágenes del año eclesiástico y vivía sus días de fiesta y sus días de luto de acuerdo con la más fiel interpretación de la fe. Y sobre todo ello, era constantemente solicitado por la liturgia que podría unir al hombre exterior del coro con el ser interior de la Iglesia en un culto fervoroso al altar: le atraía la sucesión dramática de Cristo, con la decisión firme de imitarlo con la mayor fidelidad posible. Su gran idea era hacer revivir al Señor y al Salvador en su persona y en las de sus hermanos apareciendo nuevamente sobre la escena del mundo e imitando al Hijo de Dios en su hábito, en su forma de vida, en su concepción del mundo y en su actividad. Presentarlo al Pueblo era la gran idea a que dió cuerpo, quizás sin saberlo, pero que desarrolló de una manera pro-

funda. Junto a ello, aparecieron también, en el transcurso del tiempo y solicitadas por el Santo, algunas formas de la liturgia de Cristo como heraldos característicos de la piedad de la Orden: el amor hacia el Niño de Belén, hacia el pobre Jesús crucificado. Forman la profunda trilogía del franciscano en su amor a Dios, que se activa en la sucesión de Cristo: el bosque de Greccio donde Francisco, según el testimonio de su biógrafo Tomás de Celano, celebró la fiesta conocida en aquel tiempo bajo el nombre de «El Pesebre». En el exterior y en el interior de la Orden imperó el gremio de vida intensa de la liturgia del pueblo. Desde aquel momento se acentuó más cada vez el amor al Niño de Belén, y por todas partes, especialmente en las iglesias de los franciscanos, la descripción de su fiesta de «El Pesebre» alcanzó un desarrollo nunca sospechado. Aquí precisamente tanto como en la liturgia, fué donde Francisco infiltró a su Orden el genial espíritu que dió la victoria a las dichas re-

presentaciones. Porque la forma franciscana de servir a Dios lleva innato el sello visible de la sencillez; por eso y solamente por eso fué posible a los franciscanos infiltrar alma y calor a sus edificios de «El Pesebre» y entusiasmar el corazón del pueblo.

Con mayor éxito cada vez activaba el amor de San Francisco a Dios su amor a la pobreza. En efecto, aquí nos encontramos ante una adoración a Dios que no tiene igual ni en importancia dramática ni en la historia eclesiástica. El movimiento que en favor de la pobreza creaba nuestro Santo era un movimiento litúrgico que se desarrollaba en todas las clases sociales y correspondía tanto a los más elevados como a los más humildes. Francisco puso en la escena del mundo al pobre y sencillo Salvador encarnado en su propia persona y en la de sus hermanos. Representaba la vida espiritual de Cristo y la representaba con una gran parte del pueblo. Los hombres participaron en su vida y en su amor en la nave de la Iglesia, en las

ceremonias del Coro. Era una especie de vuelo de las almas, una disposición del ánimo de Palestina, un soplo de Nazaret que volaba sobre las ciudades y poblaciones como una primavera. Esa gran disposición religiosa se apoderó de la masa popular, antes materializada, y la aristocracia conoció que nobleza y sencillez son conceptos gemelos.

Naturalmente, los santos son siempre personajes superiores y por lo tanto solitarios, y cuando ellos mueren se marchitan muchos de sus planes. Francisco no podía arrastrar los miles de hombres que le seguían entusiasmados sin distinción de suelo ni de concepciones hereditarias y ponerlos en las claras y elevadas alturas por donde él caminaba. Pero el emblema *pobreza* ha continuado siendo el lábaro de la Orden en una interpretación desproporcionadamente elevada. El verdadero franciscano adora a su Dios con su vida sencilla, pobre y modesta y cuanto más fielmente imita al Salvador en su caminata carente de posesiones y riquezas en

su vida interna y externa, tanto más intenso es su amor a Cristo. Tal es la liturgia dramática de la Orden. Ese es su mayor temor, su más hermoso servicio a Dios, su triunfo más eficaz.

La imagen de la forma de dirección franciscana se llena más de martirio y se hace más digna de ser compadecida por sus amorosas relaciones con el martirio del Salvador. Así como la Cruz en el monte Gólgota sudó sangre esparciendo sus sangrantes destellos por Occidente y Oriente e imprimiendo a la Iglesia mundial el carácter de su Pasión, así también brilla en la cúspide del Alverna el crepúsculo vespertino de la estigmatización de nuestro Santo en las cariñosas iglesias del claustro y convento de los franciscanos. Sin exageración alguna se puede apellidar *de Pasión* a la dirección de la Orden. En cualquier caso, el soplo de amor por la Cruz cruza a través de su historia. Desde los tiempos de su fundador la Orden está muy íntimamente unida a los santos lugares de Pales-

tina, y hasta nuestros días ha sido guardián de aquel jardín memorable donde el Salvador sudó sangre, y en muchísimos lugares ha recorrido su *Via dolorosa* entre el piadoso pueblo, y andado su *via crucis* en sus claustros. El recuerdo en los varones de la Orden, de su amor sangrante por Jesús, es una práctica cotidiana que imprime a la oración privada y a la liturgia un sello muy característico. En el cuidado de la liturgia creadora, en el vivir y sobrevivir dramático del cariñoso Niño de Belén y del pobre Salvador crucificado están las señales características del amor franciscano a Dios: una forma popular y sencilla de alabarle individualmente y que al mismo tiempo abarca la unidad universal de las fórmulas de la Orden. Pero el genio que animó la piedad ha quebrantado con mucha frecuencia la envoltura de las formas de la oración y se ha trazado un camino por medio de cánticos artísticamente sentidos y con mucha frecuencia de gran elevación, en himnos y secuen-

cias que tienen hoy su puesto fijo entre las poesías litúrgicas de la Iglesia universal y diocesiana.

¿Quién no conoce lo conmovedor del «Dies irae, Dies illa»? Es probable que su autor sea el monje franciscano Tomás de Celano que, italiano del Sur por su nacimiento, antes de 1209 se unió al Santo, fundador de la Orden, y que en 1221 quedó en Alemania con Cesarius de Speyer. Ese canto dice en estrofas sencillas, conmovedoras, el Juicio final, con la impresión de aquellos sencillos personajes que se reunían en derredor de San Francisco y que, a pesar de sus infantiles alegrías no podían separar totalmente sus sentidos de la gravedad humana.

Dies irae, dies illa
Solvet saeclum in favilla
Teste David cum Sibylla.
Quantus tremor est futurus,
Quando judex est venturus,
Cuncta stricte discussurus.

No es excesivo el entusiasmo de Federico de Meyer al escribir en la «Fragua espiritual» sobre la enérgica fuerza de las estrofas: «Esta terrible poesía, pobre de imágenes, toda ella sentimiento, suena en el pecho humano como martillazos con tres sonidos de rima misteriosa. No quisiera vivir bajo un mismo techo con el hombre que, falto de sentimiento, fuese capaz de escucharla sin espanto ni miedo» Esa poesía, compuesta en su origen para la oración privada, aparece ya como canción a fines del siglo XIII, como secuencia, en un libro franciscano de misa, y desde el siglo XV se propagó, poco a poco, en el devocionario universal de la Iglesia.

A la misma pluma hemos de agradecer una secuencia sobre San Francisco, que alaba la vida del Santo, su humildemente pobre persona, su devoción contemplativa en Dios y su estigmatización, en diez estrofas llenas de adoración y devoción. Especialmente, esa poesía que llena el 4 de Octubre las iglesias franciscanas de un encanto inimitable, refleja

de una manera hermosa la disposición del ánimo religioso de San Francisco.

También el Santo Maestro de la Iglesia, Buenaventura, que treinta años más tarde era General de la Orden, nos ha dejado poesías en forma litúrgica, y además de los himnos que compuso para el Oficio de «Passione Domini» poseemos un «Laudamus Santa Crucis» del cual muy probablemente es él también el autor, según la edición Quaracchi de sus obras. El canto comprende treinta y nueve estrofas que suenan, hasta cierto punto, como un amable juego de palabras:

Recordae sanctae crucis
Qui perfectam vitam ducis,
Delectare jugiter;
Sanctae crucis recordare
Et in ipsa meditare
Insatiabiliter.
— — — — — —
— — — — — —